

el préstamo forzoso de los cuatro millones pedidos por el gobierno, al que se oponían con todas sus fuerzas los contribuyentes más acaudalados. Santa Anna, solicitó de la Cámara de diputados facultades más extraordinarias, aun para decretar nuevas contribuciones, pero negada su solicitud increpó á los diputados, los apostrofó con el dictado de traidores, y añadió que la campaña de Tejas no podría hacerse.

Desde aquel momento quedaron frente á frente los dos poderes cuando el dinero escaseaba hasta el punto de no permitir la reparación de los ruinosos techos de palacio. Tales circunstancias acarrearón la crisis ministerial, y la oposición á cara descubierta que intentaba derribar á Santa Anna, elemento amenazador para las clases más influyentes en el Congreso. Viendo la imposibilidad de vencer, los inconvenientes que surgían más poderosos que nunca, alegó Santa Anna su mal estado de salud, el hondo pesar que le había causado la muerte de su esposa, solicitando licencia para ausentarse, y reunidas las comisiones, después de discutir si sería favorable ó adverso para la República, resolvieron que el Senado nombrase presidente interino que lo fué el general Canalizo.

Santa Anna, juzgado por la historia, tendría toda la responsabilidad de los males que su largo gobierno, había acarreado sobre la República, por su falta de táctica gubernativa, por su tiranía y exclusivismo, y por los cambios operados en sus ideas, que tanto influyeron en la desastrosa situación de México.

Poco después contrajo el dictador segundas nupcias, y al mes, tuvo que ponerse al frente de las tropas y marchar contra el general don Mariano Paredes, sublevado en Jalisco, sin haber pedido el permiso al Congreso, que ofendido, quiso quitarle el mando y formarle causa, así como á los ministros. La disolución de la Cámara, fué decretada por Canalizo, y Santa Anna, se dirigió con las tropas hacia la capital, pero ésta se había alzado en formidable rebelión, tomando preso á Canalizo, reduciendo á escombros la estatua del presidente y quemando los retratos donde quiera que se encontraban.

Asombrado quedó el dictador ante la actitud del país, y siguió su marcha sobre México, dando órdenes como presidente y dispuesto á triunfar.

Don Pedro García Conde, era el ministro del nuevo gobierno, quien intimó á Santa Anna, entregase el mando de las tropas al general Cortazar, y que él se presentase ante el Gran Jurado. El orgulloso dictador, contestó que no podía obedecer á un gobierno ilegítimo, que él era presidente constitucional, y como tal, estableció su cuartel general en Texcoco, y despedido, herido en su altivez, resolvió marchar sobre Puebla, y sitiá la población, pero se vió amenazado por las fuerzas del general Bravo, y varias partidas sublevadas.

La deserción fué desde aquel momento trascendental, y más cuando se comprendió que el ex-presidente, tenía intención de dirigirse á Veracruz; ante esa creencia, el gobierno dió sus órdenes para prenderlo.

Rápidamente marchó Santa Anna á Perote y Jalapa, pero en la noche del 13 de Enero, dejó sus tropas en las Vigas, y con la ayuda del vicario, el cura y el juez de aquel pueblo, salió tomando un guía, acompañándole su cocinero y dos ayudantes, llevando algunas acémilas con la vajilla y ropa. El guía, desorientado por la oscuridad de la noche, se extravió en los bosques de pinos, y los fugitivos tuvieron que esperar hasta el amanecer con un frío glacial y en el invierno, desamparado allí, el que por tan largo espacio de tiempo había sido dueño y señor de la República entera.

Estaba disfrazado de arriero, y al despuntar el día emprendió la marcha rápidamente. Al detenerse en la hora de almuerzo, vieron atravesar á un hombre por el bosque que desapareció precipitadamente, comprendiendo todos que perseguían á Santa Anna y trataban de saber á donde se dirigía. Siguiendo siempre el largo camino, se hizo noche más temprano que el día anterior, por haber llovido mucho, y al acercarse al pueblo de Jico, oyeron algunos tiros disparados por los indios, y en la entrada del pueblo, un destacamento hizo fuego.

Al ser interrogado Santa Anna, se hizo pasar por comerciante, y procuró pagándolo á peso de de oro, le dejasen continuar su marcha, lo cual acrecentó la sospecha de que fuese la persona á quien se trataba de prender. Reconocido por varios, estuvo á punto de perder la vida entre el tumulto,

aplacado por el capitán Rodríguez que se resolvió conducir á Jalapa al prisionero.

A la sala capitular de aquella ciudad fué llevado en su propia litera, y allí recibió á su hermana, á su esposa y á otras personas de su familia. No conforme porque no le guardaban aquel respeto á que estaba acostumbrado, le hizo observaciones al comandante de la guardia, creyendo siempre recuperar de un momento á otro el prestigio que había perdido.

De Jalapa lo trasladaron al castillo de Perote, y entonces escribió al Congreso, renunciando al mando que ponía en manos del señor Herrera, nombrándolo desde luego presidente provisional de la República. En Mayo, el Congreso dió indulto, y en él estaba comprendido el general Santa Anna y sus ministros. Las acusaciones eran de alta traición, contra las bases orgánicas del país.

Al tomarle declaración en el castillo de Perote, se defendió recordando sus triunfos, sus servicios, su abnegación por la patria, por la cual se había sacrificado, el combate para conservar á Tejas, parte integrante del territorio, recriminando á muchos, y no decayendo ni un punto el orgullo peculiar en él.

Poco á poco le abandonaron aquellos que en sus días de gloria eran sus esclavos, y pudo reflexionar entonces en los errores que había cometido, en la perfidia de su política, y en la falta de integridad que había presidido todos sus actos.

En 1845 se embarcó en una falúa con su familia y tomó pasaje en la cañonera nacional «Victoria» con rumbo á la Habana, donde permaneció hasta que en 1846, volvió á desembarcar en Veracruz.



*Don Joaquín
de Herrera*

GENERAL DON JOSE JOAQUIN DE ITARRERA
PRESIDENTE INTERINO DOS VECES.— Años 1844 y 1848

Don José Joaquín de Herrera

(PRIMERA EPOCA)

Cortísima fué la administración de este presidente interino, durante la cual, se limitó á permanecer neutral, no estando conforme con la política del dictador.

El señor Herrera nació en Jalapa, en 1792, y en 1809 era cadete en el regimiento de la Corona. Se batió contra los independientes en Aculco, Huanajuato y Puente de Calderón. Formó parte de la expedición de Acapulco, y en todos los combates que por aquella época tuvieron lugar. En 1815 mandó una brigada de cuatrocientos hombres para perseguir á los jefes independientes y en 1820, ascendido ya á teniente coronel, pidió su retiro deseoso de disfrutar la vida doméstica, hasta el plan de Iguala. Mandó entonces la columna de granaderos; estuvo en el sitio de Puebla; se adhirió al partido que derrocó á Itúrbide, y en Marzo de 1824, le encargó del ministerio de la Guerra el Poder Ejecutivo. En Mayo de 1833 y 34 volvió á ser ministro de la Guerra, durante el mando de Gómez Farias y Santa Anna, y en 1844 fué presidente del Consejo y á la vez de la República, como substituto del general Canalizo.

Don José Joaquín de Herrera, tuvo el acierto de no crearse enemigos, y su probidad é ideas republicanas, le congraciaron con la opinión de todos los partidos.

Don Valentín Canalizo

(SEGUNDA ÉPOCA)

El 21 de Septiembre de 1844, llegó á México el que había sido nombrado general en jefe del ejército del Norte, y se hizo cargo del mando como presidente provisional en momentos en que la revolución de Guadalajara, debía cambiar por completo la faz política.

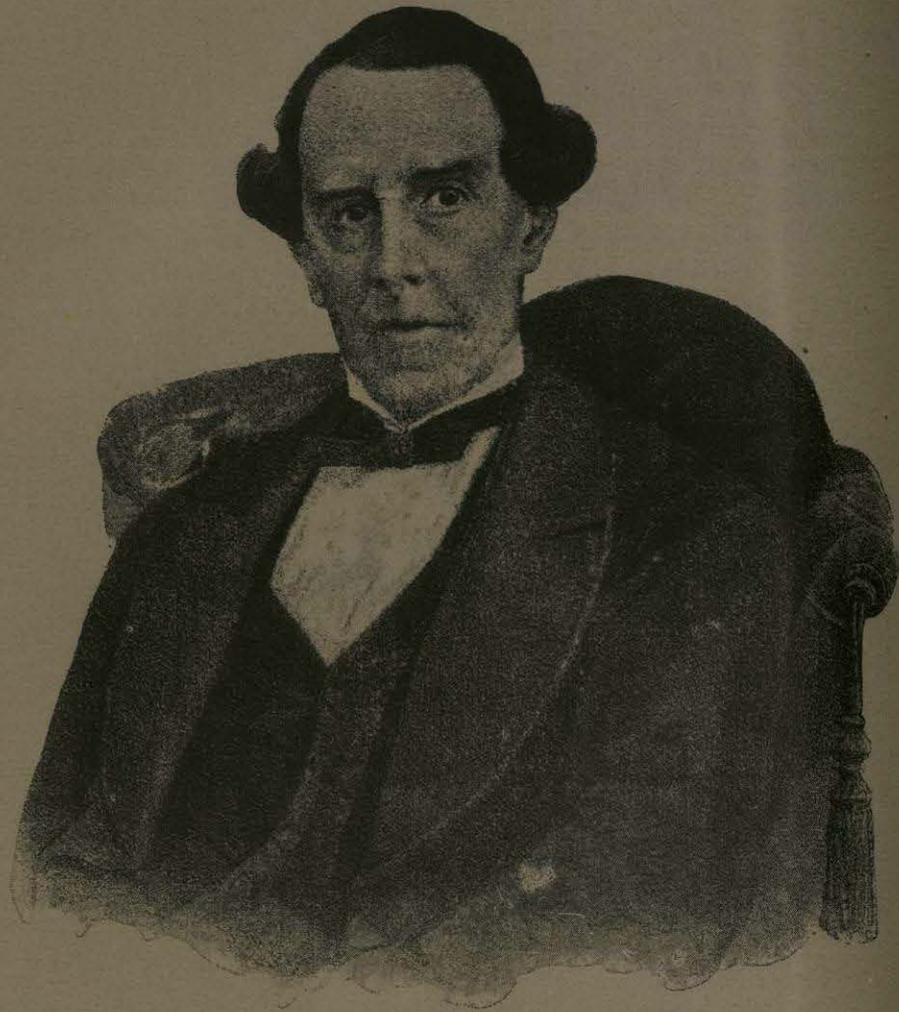
Canalizo no fué sino el obediente servidor de Santa Anna, siendo así que al conferenciar con el dictador en Guadalupe, cuando aquél marchaba al encuentro de Paredes, concertó con él la disolución del Congreso. Los ministros se negaron á concurrir á la Cámara, y ésta no podía menos de ser hostil al presidente interino, que en una proclama les había dirigido palabras ofensivas. Los miembros del Ejecutivo dieron un decreto suspendiendo al Congreso en sus funciones, prohibiendo á la guardia de palacio permitieran la entrada á diputados ó senadores.

El día 4 de Diciembre, la estatua del dictador, elevada en la plaza del Volador, apareció con una caperuza blanca en la cabeza y cuerda al cuello, como si estuviera ahorcado, y el día 6 estalló el motín en el cuartel de la «Acordada.» Los soldados de la guardia hicieron prisionero á Canalizo, y se le condujo á Perote, luego á Ulúa, y por último, el 25 de Octubre de 1845 se embarcó para Cádiz, en la fragata «Tetis,»

CAROLINA ALFONSO

volviendo poco después y ocupando el ministerio de la Guerra en el segundo período de Gómez Farias. Fué designado para mandar la división de Oriente, y más tarde, al tener noticia de la toma de Veracruz, por los americanos, salió de Jalapa, para activar la fortificación de Puente Nacional y Cerro Gordo, que no pudo llevar á efecto, por ceder el mando á Santa Anna, director de aquella campaña funestísima y terrible para México.

Batido por los invasores, y desconcertado por la derrota, participó al gobierno la fuga de Santa Anna y el desastre de Cerro Gordo. Después de tales acontecimientos, perdió toda influencia y quedó aislado de la política. Falleció el 20 de Febrero de 1850.



Don José Joaquín de Herrera

(SEGUNDA ÉPOCA)

Una vez derribado el presidente Canalizo, expidió don José Joaquín de Herrera, un manifiesto por el cual aseguraba que el Congreso volvería á reanudar sus sesiones, como efectivamente sucedió, produciendo en el pueblo, verdadero entusiasmo mientras que mutilaba la estatua de Santa Anna y pedía á gritos su muerte.

Herrera llamó á su lado á los generales don Nicolás Bravo, Juan Alvarez y don Manuel Romero; el primero tomó el mando en jefe de las tropas y el general Valencia, el segundo.

De nuevo México estuvo en estado de sitio con piezas de artillería en las azoteas, y fosos en las calles. Las Cámaras inauguraron sus sesiones el 1.º de Enero de 1845, y el cuerpo diplomático, prodigó felicitaciones al señor Herrera que ante todo buen patriota, anhelaba que el país volviese á tomar preponderancia sin preocuparse de sí propio, y viviendo con tal modestia que era vecina de la pobreza. Contaba el ilustre mejicano Riva Palacio, secretario de Justicia y encargado de la cartera de Hacienda, que una mañana entró en la habitación donde almorzaba el presidente sobre pobre mantel y con un cubierto ordinario de hierro: el ministro le propuso adelantarle por cuenta de lo que le debía el erario cincuenta ó cien mil pesos para que pudiera vivir de un modo más ade-

M. Riva Palacio

DON MARIANO RIVA PALACIO

ESTUVO ENCARGADO DE LA HACIENDA EN DICIEMBRE DE 1844
Y DE ENERO Á MARZO DEL SIGUIENTE AÑO; AÑOS DESPUÉS MINISTRO DE MÉXICO EN
MADRID DONDE FALLECIÓ

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

cuado al rango que ocupaba; el presidente le contestó: «No hace mucho tiempo que una de las últimas alhajas que me quedaban, la empeñé en el Monte de Piedad y aun no he consumido todo el dinero: atienda, señor ministro, á los gastos más urgentes, y olvídense por ahora de mí.»

Este hermoso desinterés del presidente, formaba singular contraste con el fausto y despilfarro de Santa Anna, que sobresalía más aun en el triste cuadro que la República presentaba en los supremos instantes en que la anarquía acechaba la desmembración del territorio, y todos los males acarreados por gobiernos imposibles; por eso cuando Haro Tamariz y el general Mendoza, llegaron á México, con pliegos de Santa Anna y proposiciones, el pueblo se indignó y apedreó la carretela donde iban los comisionados.

Cuando esto sucedía, ya estaba prisionero el dictador. Con la caída de Santa Anna, se restableció la paz, y para celebrarlo se hizo solemne fiesta á la Virgen de Guadalupe, aplaudiendo el pueblo la sencillez y poco boato de Herrera y sus ministros. El bondadoso presidente, dió un indulto á los reos que habían trabajado en las fortificaciones, y en su celo por el bien de la República, vaciló entre dos caminos para el sistema administrativo. ¿Sería federal ó central la República mejicana? Tanto más difícil era la solución de aquel problema, cuanto que el Congreso no era propicio para el presidente Herrera, y á trueque de que se le calificara como débil, quiso unificar los partidos, y con noble é imparcial criterio puso frente á frente, en la Cámara á Gómez Farias y á Trigueros.

La cuestión de Tejas, estaba resuelta, puesto que los Estados Unidos la habían hecho ya provincia suya, por lo que el Congreso dió por rotas las relaciones con aquella República, autorizando al Poder Ejecutivo para hacer levas y allegar recursos necesarios en momentos de una próxima guerra. Tales proyectos no encontraban aprobación en el presidente, hombre de talento y que no se hacía ilusiones sobre aquella funesta cuestión de Tejas. Herrera tenía sensatez, cordura y criterio sano y justo, por lo que afirmaba que á México, no le convenía la guerra, sino entrar en negociaciones con la poderosa República vecina.

Juicioso por extremo era el proyecto del presidente, pero

encontró oposición en aquellos ambiciosos que lucran con las guerras y con el estado anormal de una nación.

Los partidarios de Santa Anna, vieron en la cuestión de Tejas una tabla de salvación para recuperar su popularidad, atacando la mansedumbre del presidente y sus ministros.

Se hacía preciso algo más, y mientras que el gobierno, procuraba encontrar remedio eficaz para salvar la nación, los santanistas teniendo á su cabeza al general Rangel, se amotinaron el 7 de Junio de 1845. La guardia había sido sobornada y el batallón de los supremos poderes, y gritando «Federación y Santa Anna,» prendieron al presidente y á tres de los ministros.

Sereno ante el peligro, el jefe del Estado se presentó ante la tropa amotinada, intimándola obedeciera sus órdenes. El ministro de la Guerra, hizo forzar la puerta que comunicaba con un cuartel, y sometida parte de la tropa, derrotada la otra, fué sofocada aquella intentona sin que para castigar á los revoltosos, se emplearan castigos, sino el destierro.

El presidente era provisional, pero cesaba tal situación al ausentarse Santa Anna del país, procediendo las elecciones para la suprema legislatura. El 14 de Septiembre y con gran mayoría de votos, aclamó el Congreso á don José Joaquín de Herrera, como presidente constitucional, dándole posesión de su cargo.

Consolidado el gobierno, continuó su marcha en contra de la guerra, y sí en favor de bases honrosas para un tratado contra el que estaba toda la República, anhelante de sobreponerse en el campo de batalla á su enemigo.

El gabinete norteamericano en vista de la significación hecha por el presidente, de que entraría en negociaciones cuando la escuadra abandonara el puerto de Veracruz, empezó á retirar los buques, y mandó un enviado extraordinario para ponerse de acuerdo iniciando las negociaciones, pero no se le quiso reconocer, sino como comisionados: en el intermedio de aquellas vacilaciones, estalló la revolución de San Luis, y al entronizarse el nuevo orden de cosas, como tampoco se admitió al enviado extraordinario, éste herido en su orgullo nacional, se alejó de México.

Una de las causas del descontento, era la cuestión de los

militares que no aceptaban las variaciones que el presidente quería hacer en el ejército.

La conspiración palpitaba y se sabía que el general Paredes, tenía el proyecto de una Convención, y que á la vez estaba próxima la vuelta á México, del general Santa Anna.

El 14 de Diciembre, se pronunció en San Luis el ejército de reserva, mandado por el general Paredes, apoyado por la mayoría de la República, que á todo trance deseaba la guerra, y para ello, era preciso derrocar al gobierno. La proclama del general Paredes, expresaba el deseo de convocar una asamblea nacional.

Apesar de aquella agitación que tomaba incremento en favor de una idea descabellada, se abrieron las Cámaras el 28 de Diciembre de 1845, y en la madrugada del 30, se pronunció la capital, mientras que Paredes, tenía su cuartel general en Huehuetoca. El presidente Herrera, entregó el mando al general Valencia, y se retiró á su casa, lamentando no haber podido obtener el triunfo, de hacer un tratado ventajoso con los Estados Unidos, que á su parecer era en aquellos momentos la salvación de México.



*Don Mariano Paredes
y Arrillaga*

GENERAL DON MARIANO PAREDES Y ARRILLAGA
PRESIDENTE INTERINO.—Año 1846

Don Mariano Paredes y Arrillaga

El 3 de Enero de 1846, se reunió la Junta, siendo electo como presidente el general Paredes, y una comisión compuesta por Nicolás Bravo, Alamán, Losada, Gordón, y Almonte, fueron á comunicarle su nombramiento. En el discurso que al dar las gracias pronunció el nuevo gobernante, dijo que se congratulaba de haber sacado á México de la ignominia y del fango, y que estaba dispuesto á brindar libertades y á ser sincero en todas sus manifestaciones.

Don Mariano Paredes y Arrillaga, nació en la capital de México, en 1797; en 1816, era subteniente en el Fijo, y dos años después con el mismo grado, ingresaba en la compañía de Granaderos: se adhirió como otros muchos al plan de Iguala, y formó parte del ejército de las Tres Garantías. Itúrbido le ascendió á capitán de cazadores y continuó batiéndose hasta que en 1821 ganó el grado de teniente coronel.

Desde 1835, se mezcló en la política, tomando partido por Santa Anna, contra los federalistas, ascendiendo á general de división en Agosto de 1841, proclamando el plan revolucionario que después se llamó «Bases de Tacubaya,» y que acarrearón la tiránica dictadura, pero en la cual no encontró Paredes el puesto ambicionado. Su decepción fué grande y suficiente para que se despertase en él odio profundo hacia San-

ta Anna. No tenía el general Paredes, grandes condiciones para el mando, y más bien se le ha considerado en la historia, sin aptitudes para los altos puestos. La administración Herrera le nombró para mandar el ejército del Norte, en cuyo nombramiento encontró pretexto para sublevarse, haciendo notorio su deseo de la guerra y no de un arreglo con los Estados Unidos.

Al proclamar y hacer la proposición para que se convocara una asamblea general, aseguró no ambicionar nada para él, sólo deseaba fuese aquella la última revolución que le tuviera por caudillo. Su triunfo no encontró eco en los departamentos, pero lentamente fueron sometiéndose al gobierno de Paredes. El plan de San Luis, no podía según sus condiciones reorganizar la nación, ni normalizarla en la convulsión que la agitaba desde largo tiempo, cuando un ejército extranjero invadía el suelo mejicano y avanzaba sin obstáculos.

Hubo conatos de reformas en pro del orden, y fué publicada con toda solemnidad la convocatoria para la asamblea. Los ayuntamientos la rechazaron y se les amenazó con multas sino la admitían. Se sometieron porque el Poder Ejecutivo, aumentó el ejército, haciendo levadas, y mandando hasta presidiarios al ejército. Declaróse el general Paredes partidario del clero y de una monarquía, asegurando que el país, no estaba formado para la República.

Los norteamericanos adelantaban hasta el río Bravo; el general Urrea formulaba el plan de una República independiente, y en Chihuahua se amotinaban las masas contra el gobernador.

La prensa de los Estados Unidos veía con alborozo el estado de la República, pues consideraba que su intervención, sería acogida como benéfica y salvadora.

Los sentimientos de la nación, eran favorables á la guerra, y ya tachaban al general Paredes de irresoluto y poco activo en la organización de los cuatro mil hombres, refuerzo para el ejército, que estaba en Matamoros, cuya plaza debían atacar en breve siete mil soldados norteamericanos, que marchaban en aquella dirección.

El mando del ejército del Norte lo tenía el general Arista, el de Oriente el general Bravo, y los norteamericanos estaban

posesionados del «Paso Real,» y se ocupaban en levantar fortificaciones.

El general Paredes no poseyendo recurso ninguno, acudió al clero, solicitando dos millones cuatrocientos mil pesos, en mensualidades, señalando á la catedral de México, noventa y ocho mil por un año: el clero hizo una oferta evasiva, negándose después completamente.

Por otra parte el general Santa Anna se presentaba ya llamado por algunos, y Paredes, anunció que los Estados Unidos amagaban á California, y que era de toda necesidad la declaración de guerra, ordenando al general Arista hostilizara á los enemigos si no abandonaban el país.

El 28 de Marzo de 1846, el general Taylor se presentó delante de Matamoros. El general en jefe Arista había llegado el 24 y deseaba cortar las comunicaciones, lo que observado por Taylor, le hizo hacer un rápido movimiento para frustrar los planes del general mejicano.

El 8 de Mayo de 1846, tuvo lugar el primer encuentro entre los dos ejércitos, en el sitio llamado Palo Alto; la derrota fué completa, y las tropas mejicanas, careciendo de lo más necesario tuvieron que dejar hasta los heridos en el campo de batalla.

La retirada fué tan penosa como difícil, y en ella sufrieron toda clase de penalidades, por caminos que las lluvias convertían en barrancos, y que por sí solos eran ya peligrosos. Al general Arista se le sometió á consejo de guerra, por su falta de estrategia militar, y en su lugar, se nombró al general Mejía.

La nación era un caos, y mientras que unos pedían la convocatoria de la asamblea, otros se empeñaban en que el general Paredes, era desfavorable para la guerra, y los más llamaban á Santa Anna, no ajenos algunos á pedir la intervención de Francia.

El gobierno no podía vencer las muchas dificultades, sobre todo la falta total de numerario y la imposibilidad de encontrarlo, por más que algunos acaudalados propietarios, ofrecieron sus bienes en el altar de la patria.

El día 20 de Mayo de 1846, el comandante don José María Yañez, con su batallón de ochocientas plazas, tomó el palacio

BIBLIOTECA ALFONSO

de gobierno en Guadalajara, y proclamó la necesidad de que el general Santa Anna se pusiera al frente del Estado, levantando un acta en la cual había siete considerandos halagadores para el amor propio del ejército, de los empleados y del pueblo en general, ofreciéndole batir á los invasores y desalojarlos del territorio, declarando traidores á todos aquellos que pusieran obstáculos á un nuevo Congreso, para que solucionara la crítica situación presente.

Santa Anna era aclamado por el artículo sexto, caudillo de la empresa que el nuevo plan había de realizar, recordando que había sido uno de los fundadores de la República, y su apoyo más constante.

El Congreso, decretó que el Poder Ejecutivo lo ejercería provisionalmente y como presidente interino de la República, aquel que obtuviera mayoría de votos.

El general Paredes, tuvo cincuenta y siete, trece el general Bravo, siete don José Joaquín de Herrera, y como vicepresidente don Nicolás Bravo. El general Paredes, prestó juramento el 13 de Junio haciendo resaltar en su discurso, el conflicto en que se encontraba México, cuando la guerra extranjera y la civil, dominaban en toda la nación. Veracruz estaba puesta en estado de sitio, y se preparaba para ruda resistencia, y cincuenta mil soldados americanos se disponían á llevar adelante la campaña.

El presidente Paredes, pidió al Congreso se declarase la guerra á los Estados Unidos, y solicitó permiso para marchar á la frontera en defensa de la patria, indicando que el general Bravo, quedaría como presidente interino.

Los acontecimientos se sucedieron con increíble rapidez. El general Salas se pronunció en la Ciudadela, Paredes, cayó prisionero, cuando todo estaba dispuesto para que marchase al frente de las tropas, y el general Nicolás Bravo, había tomado posesión de la presidencia, la cual abandonó porque á ello lo obligaron los revolucionarios.

El general Paredes, salió para el castillo de Perote, y desterrado al extranjero, volvió á México cuando estaba invadido por los norteamericanos.

Más tarde, se opuso á los tratados de paz y fué batido en Huanajuato. Paredes no volvió á figurar como gobernante, pero

sí tomó parte en varios de los sucesos políticos, llegando el caso de haberle dado de baja y estar expuesto á que lo juzgaran y prendieran, salvándose por la fuga sin á ciencia cierta, se lograra saber donde se había refugiado.

Por la amnistía dada en Abril de 1849, quedó el general Paredes, libre de todo cargo, y en Septiembre del mismo año, falleció, habiendo dado el triste espectáculo de la revolución de Lagos, cuando la guerra extranjera hundía á México, en la ruína, en el desprestigio y en la postración más completa.